

Fronton y el campo situado enfrente de Matamoros, en cuyos dos puntos se hallaban las tropas invasoras. Para asegurar el paso del rio, y poder defender en caso de ser descubierto aquel movimiento por los norte-americanos, se ordenó al general Torrejon que con las tropas que tenia á sus órdenes, se dirigiese á la Boca del Rio, que era el sitio mas á propósito para verificar el paso. Dispuesto así todo, se efectuó la salida de las tropas de Matamoros, con las mayores precauciones, á fin de ocultar á los invasores el movimiento que se hacia. La fuerza, bien armada y con doce piezas de artillería, se puso en marcha para el rancho de Longoreño que se halla á cinco leguas de Matamoros, que era el sitio destinado para pasar el rio, sin que los norte-americanos se hubiesen apercibido de ello. Al verificar el paso del rio, se vió que no habia el número de canoas necesario para efectuarlo con la prontitud que requería el buen éxito de la empresa. Aquella falta de prevision, aquel descuido de no haber dispuesto las lanchas necesarias para poner en pocos instantes las tropas al otro lado del rio, era indisculpable. No se contaba para efectuar el paso del ejército mas que con dos canoas, no de las mas grandes. En aquellas dos canoas empezó, pues, á pasar de corto en corto número de soldados, todo el ejército, empleando en esta operacion mas de veinticuatro horas que podian haber sido aprovechadas en sorprender á los invasores y en derrotarles. Pero la ocasion oportuna se desperdició con la tardanza, y dió lugar al general Taylor para prevenirse. El general Mejía, que habia quedado en Matamoros con 1,367 soldados auxiliares y del ejército, que constituian la guarnicion

de la plaza, envió un aviso al general Arista, á las dos de la tarde de aquel mismo dia, participándole que se advertia gran movimiento en las tropas norte-americanas situadas enfrente de la ciudad.

Advertido el general Taylor de la marcha de Arista, y comprendiendo su plan de interponer su ejército entre el Fronton y el campo situado enfrente de Matamoros, aprovechó el tiempo que las tropas mejicanas tardaron en pasar el rio, y marchó con dos mil hombres al Fronton, frustrando así el acertado plan del general Arista. Esta noticia la supo el general en jefe del ejército mejicano el dia 2, y aunque triste por aquel contratiempo, siguió su marcha hácia la llanura de Palo Alto, donde se propuso esperar la vuelta de Taylor hácia el campo de Matamoros, y presentarle batalla.

1846. Al siguiente día de haberse dirigido el general Taylor al Fronton, esto es, el 3 de Mayo, rompió la fuerza norte-americana que estaba al frente de Matamoros el fuego sobre la plaza, con el fin tal vez de llamar todo el ejército mejicano hacia el punto atacado; pero el general Arista, confiando en el valor de Mejía, que estaba encargado de la defensa de la ciudad, continuó su marcha hácia Palo Alto, sin cambiar en su propósito de interponerse entre los dos campos enemigos. La guarnicion de Matamoros, llena de entusiasmo, contestó al fuego enemigo con otro no menos vivo y certero; y á las doce del dia habia conseguido con sus cañones apagar los fuegos de las baterías contrarias, no obstante el mayor número y alcance de éstas. Los norte-americanos trataron de reponer sus fortificaciones; pero los tiros certeros de

la plaza se lo impidió, y sus carros y su mayor fuerza la remontaron á retaguardia de su campo para ponerse fuera del alcance del tiro de cañon.

El general D. Mariano Arista, que habia llegado á Palo Alto, creyó que su presencia en aquel punto obligaria á Taylor á salir del Fronton para restablecer las comunicaciones entre este sitio y el campo situado enfrente de Matamoros, y se preparó para cortarle el paso, presentándole batalla. Despues de haber permanecido dos dias en la expresada llanura, formó su cuartel general en los Estanques del Ramireño, dejando espías en todas partes para que le diesen aviso de los movimientos de Taylor. Para obligar á éste á que saliese del Fronton, y obligarle á una batalla decisiva, colocó tropas en puntos convenientes que acosasen sin cesar á la fuerza norte-americana, fortificada enfrente de Matamoros. El comandante Hankiul, á quien, como he dicho, Taylor habia encomendado la defensa de aquel punto, carecia de toda correspondencia con la fuerza del Fronton y no sabia la posicion que guardaban sus compañeros. A fin de estrechar mas y mas á las tropas invasoras que no podian hacer movimiento ninguno ni sobre Matamoros ni para unirse á las del general Taylor, el general Arista dirigió al general Ampudia una comunicacion desde los Estanques del Ramireño, en que le decia, que era necesario estrechar al enemigo que ocupaba las baterías frente á Matamoros, para cuyo objeto le comisionaba poniendo á sus órdenes 497 hombres del regimiento auxiliar de las Villas del Norte, y 701 infantes de varios cuerpos, dos obuses y dos piezas de á ocho, dotadas con 32 artilleros, todo lo cual

hacia el número de 1,200 hombres. Le ordenaba que con aquella fuerza se moviera con direccion al campamento expresado, para que, situándose en el lugar mas conveniente, asediase á los contrarios y los hostilizase de tal modo, que les impidiese la entrada de todo recurso, y hasta tomar agua, si le era posible, porque esto y cortarles la entrada y salida de correos, daria por resultado que se rindiesen á discrecion. «La plaza de Matamoros tiene para su defensa 1,367 soldados auxiliares y del ejército, al mando de D. Francisco Mejía.»

1846. Ejecutadas de la manera mas satisfactoria por el general Ampudia las órdenes del general en jefe, y juzgando el general Arista reducidos al mas estrecho aprieto á los norte-americanos que se hallaban al frente de Matamoros, dirigió el dia 6 una intimacion al comandante norte-americano Hankiul. «Se halla V. S.», le decia en ella, «sitiado por fuerzas suficientes á rendirle, y además, se encuentra á su espalda una numerosa division acampada, que, libre de toda atencion, batirá cuantos auxilios tenga V. S. esperanza de recibir. El amor á la humanidad reconocido en el siglo presente á las naciones cultas, impone, sin duda, el deber de hacer menos crueles los desastres de la guerra. Este principio me obliga á indicarle que, siendo inútiles sus esfuerzos, se rinda, para que, por una capitulacion, evite la total ruina de los soldados que le obedecen.» El comandante norte-americano que estaba seguro de que no se habia empeñado ninguna accion con las fuerzas de Taylor, puesto que no se habia oido cañoneo ninguno, y que esperaba de un momento á otro el auxilio del expresado general, contestó á la inti-

macion, diciendo, que «acababa de recibir la humana comunicacion, y que despues de haberle prestado la consideracion debida á su importancia, debia respetuosamente rehusar rendir sus fuerzas». Al siguiente dia, 8 de Mayo, el general Arista supo, por sus espías, que el general Taylor salia con sus tropas del Fronton de Santa Isabel para unirse con las que se hallaban al frente de Matamoros. No bien recibió aquel aviso, cuando levantando su cuartel general de los Estanques del Ramireño, se dirigió á Palo Alto, á donde llegó á la una de la tarde, hora precisamente en que los invasores entraban al mismo sitio. Con todas las fuerzas que llevaba estableció la batalla en un gran llano, apoyando su derecha en una elevacion montuosa, y la izquierda en una ciénaga de difícil tránsito. Desde aquella elevacion, que tendria veinte piés de altura, se extendia la línea de las tropas mejicanas sobre la espaciosa llanura en que se situó un escuadron del regimiento ligero, el batallon y compañía Guarda-Costa de Tampico, una batería con ocho piezas, y en seguida el 1.º, 6.º y 10 de línea. Los cuerpos de infantería estaban á las órdenes de los generales García y de Don Rómulo Diaz de la Vega. Cuatro escuadrones de caballería 7, 8, ligero de Méjico, y de las compañías presidiales, mandados por el general Torrejon, se hallaba á distancia de cuatrocientas varas, dispuestos á lanzarse sobre el punto que se les indicara. El general en jefe recorrió á caballo toda la línea, despertando con sus patrióticas palabras al ardor bélico de los soldados. El general norteamericano Taylor que tenia que ir en auxilio de la fuerza que habia dejado enfrente á Matamoros, aceptó la bata-

lla. Eran poco mas de las dos y media de la tarde. A los pocos instantes de haberse disparado los primeros cañonazos, se presentó el general Ampudia en el campo de batalla, como le habia prevenido de antemano el general en jefe, despues de haber dejado cubiertos los puntos que servian para sitiar á los que se hallaban en los fortines frente de Matamoros. La fuerza que llevó al combate se componia de una compañía de zapadores, doscientos hombres de auxiliares de las Villas del Norte, el 4.º regimiento de línea y dos piezas de artillería. El número total de tropas mejicanas con las cuales el general Arista presentaba la batalla, ascendia á 3,000 hombres de todas armas.

1846. La fuerza con que contaba Taylor era casi igual. Pero si nivelado estaba el número de combatientes, no lo estaba así el de cañones, ni la calidad y el alcance de ellos. La artillería con que contaba Arista se componia de doce piezas, del calibre de á ocho y de á doce; los norte-americanos llevaban veinte cañones del calibre de diez y seis y diez y ocho. Esta sola circunstancia les daba una ventaja inmensa, puesto que podian herir y causar grandes estragos en las filas contrarias antes que los mejicanos pudiesen acercarse á ellos. La batalla empezó con ardimiento, rompiendo las baterías mejicanas el fuego sobre los norte-americanos. Los cañones de éstos, superiores en número y en alcance por su mayor calibre, contestaron inmediatamente, enviando sus balas desde una distancia de seiscientas varas de la línea mejicana, en que estaban situados. El general Ampudia, al llegar al campo, avanzó con sus fuerzas hácia la línea de batalla: el

4.º de línea, sin detenerse por los estragos causados por los cañones contrarios, marchó acercándose en columna cerrada, sin perder una línea en su formacion; los norteamericanos, preparados desde que le vieron avanzar, le recibieron con un fuego incesante, vomitado por todas sus piezas de artillería. Esta lluvia de balas no desconcertó á los soldados del 4.º, quienes, tranquilos como si en un simulacro de guerra ó en una parada se hallasen, siguieron su marcha hasta llegar á la línea, donde se desplegaron en batalla á la izquierda del décimo de línea. La artillería de Taylor continuaba haciendo un fuego vivísimo y causando sensibles pérdidas en las tropas mejicanas que, formadas para el combate, esperaban la orden de avanzar sobre los invasores. El general Taylor mantenía un ataque mas bien defensivo que ofensivo, jugando su mejor arma que era la artillería, protegida por la mitad de la infantería y toda la caballería, conservando el resto de la fuerza, fortificado en la Resaca de la Palma, á cosa de dos mil varas del campo de batalla. Se comprendía fácilmente que Taylor trataba de esquivar el combate, y que su objeto principal era pasar, sin contratiempo, hácia el campo atrincherado enfrente á Matamoros, donde habia dejado al comandante Hankiul. El general en jefe mejicano, lo mismo que todo su ejército, se llegó á persuadir de que aquel era el objeto de Taylor, al ver levantarse

1846. una inmensa humareda al frente de su línea. La yerba que crecía en abundancia delante de la posición norteamericana y que se incendió de repente, levantaba aquella nube de humo que ocultaba sus operaciones. Todos creyeron que Taylor habia incendiado expresamente

la yerba para obrar sin ser visto; pero aquel incendio fué casual, fué producido por el continuo fuego de cañon de sus baterías, como lo refiere el mismo general al dar parte al Gobierno de Washington de aquella batalla. Se habia propuesto estar á la defensiva conociendo la superioridad del alcance de sus piezas de artillería. Una hora transcurrió de aquella manera, sufriendo las tropas mejicanas un fuego continuo de cañon, sin moverse de su línea de batalla. La serenidad de la infantería mejicana sufriendo una continua lluvia de proyectiles de á 18, llamó altamente la atención de sus contrarios. Taylor, al referir á su Gobierno la acción de aquel día, se expresa en estos términos al tocar este punto: «El fuego de nuestra artillería», dice en su parte, «era en este momento de los mas destructores: abría espacios á cada momento en las filas de los enemigos, y la constancia con que la infantería mejicana resistió este cañoneo, fué un hecho que llamó la atención y admiración de todos.» Viendo el general Arista que los contrarios no avanzaban, previno al general Torrejon que diese una carga con la mayor parte de su caballería, por el flanco izquierdo, para darla él á la vez por la derecha con sus columnas de infantería y el resto de la caballería. El general Arista aguardaba el instante de que Torrejon ejecutase la carga, y que esta comenzara á surtir sus efectos, para dar el impulso por la derecha. El general Torrejon ejecutó el movimiento desfilando por hileras; pero fué contenido por un batallón de los Estados Unidos que, con dos piezas de artillería, defendía un atascadero que embarazaba á la caballería el ataque. Torrejon intentó penetrar; pero la confusión que

se habia introducido durante la larga distancia que habian tenido que cruzar sus soldados, sufriendo un fuego vivísimo, se aumentó al encontrarse con aquel nuevo obstáculo que les presentaba un terreno fangoso, y los escuadrones se detuvieron allí. En aquel crítico instante, las dos piezas de artillería que tenian los que defendian aquel punto, dejaron escuchar su estampido, sembrando la muerte, y la caballería, sin ejecutar la orden de carga, se replegó precipitadamente. Este inesperado accidente impidió al general Arista ejecutar el movimiento que tenia dispuesto y del que esperaba alcanzar brillantes resultados. El general Taylor hizo entonces que avanzase su caballería sobre la derecha de la línea mejicana. La orden fué ejecutada con arrojo; pero los dragones norte-americanos fueron recibidos por dos piezas ligeras de artillería, y se vieron obligados á volver grupas y á retroceder á todo escape. Despues de estos dos incidentes, los fuegos se suspendieron en uno y otro campo por espacio de veinte minutos, volviendo á renovarse enseguida el de cañon con mas actividad que al principio.

1846. El general Taylor, resuelto á no empeñar la batalla y á procurar acercarse al campo situado enfrente de Matamoros, se propuso pasar á favor del humo que en aquellos instantes era espesísimo, por la izquierda del ejército mejicano que, por el movimiento de la caballería de los Estados Unidos quedaba flanqueada; pero descubriendo el general Arista aquel movimiento, consiguió evitarlo, mandando un cambio de frente á vanguardia sobre el ala izquierda mejicana, que fué ejecutado con admirable serenidad, quedando el ala derecha, á conse-

cuencia de este cambio, á poco menos de tiro de fusil de los invasores. La artillería de éstos, entretanto, seguia causando considerables bajas en los batallones formados en batalla. El general Arista mandó al coronel D. Cayetano Montero cargar con una columna de caballería, mientras los cuerpos de infantería marchaban sobre los invasores. En aquellos momentos empezaba á oscurecer. El ejército mejicano, aunque fatigado y sin haber tomado alimento ninguno, marchó impetuoso hácia la línea enemiga, apoyada su izquierda en la caballería de Torrejon, y su derecha en el escuadron ligero de Méjico y en el séptimo regimiento que acababa de situarse allí. La infantería continuaba su avance á paso de carga; pero cuando se hallaba á la mitad del camino, la caballería que marchó hasta aquel instante bien, perdió su formacion y se mezcló con ella, introduciendo la confusion y haciendo embarazosa la marcha. Este inesperado incidente hizo que las tropas mejicanas no pudiesen llegar hasta la misma línea que ocupaban las de los Estados Unidos. Sin embargo, se habian aproximado casi á tiro de pistola de sus baterías, habiéndose para entonces replegado los norte-americanos á su reserva, al abrigo de sus carros. La noche habia cerrado ya completamente, y las tropas mejicanas se replegaron tambien sobre la colina en que se apoyaba su primera posicion. La batalla, pues, quedó indecisa, para renovarse con mas furia al siguiente dia.

Durante el silencio de la noche y al resplandor de las llamas que levantaba el incendio que aun continuaba de los pastos, los mejicanos, encargados de la ambulancia, recorrieron el campo de batalla recogiendo sus heridos.

La mayor parte de éstos lo habian sido por bala de cañon y presentaban una vista horrible. No habiendo tenido la precaucion de llevar tiendas suficientes de campaña, ni botiquines, ni médicos suficientes, fué preciso enviar á aquellos desgraciados heridos en carros á Matamoros, causando aquella vista en el ejército un sentimiento doloroso, pues cada soldado veia la triste suerte que le esperaba si tenia la desgracia de caer herido. La consideracion de que será atendido inmediatamente, de que nada le faltará, infunde al soldado aliento y confianza. La conviccion de que de todo se carece, de que no encontrará en sus dolencias ni una venda para restañar la sangre de sus heridas, ni una tienda de campaña donde ser curado sin que le lleven á largas distancias aumentando sus padecimientos, enfria el valor y hace decaer el ánimo del mas intrépido. Fácil es, pues, comprender lo que pasaria en el corazon de cada uno de aquellos soldados, que veian llevar á sus compañeros, sin curar sus heridas, exhalando tristes ayes arrancados por el dolor, hasta la ciudad de Matamoros, en malos carretones, y aglomerados, por decirlo así, los unos sobre los otros. Las pérdidas de las tropas mejicanas en esta batalla en que se portaron bizarramente, ascendieron á trescientos cincuenta y dos hombres entre heridos, muertos y extraviados. La de los norte-americanos consistió en nueve muertos y cuarenta y cuatro heridos, contándose entre estos el mayor Ringols, que murió á los pocos dias. La causa de que las pérdidas de los mejicanos fuesen mayores que las de sus contrarios, consistió en haber sido aquéllos los que acometieron, y en el mayor alcance de la artillería de los segundos.

1846. El general D. Mariano Arista hizo que la division tomase un campamento mas concentrado en el mismo sitio de la accion. La noche la pasaron los dos ejércitos en muy distintas condiciones. Mientras las tropas mejicanas apenas habian llevado lo muy preciso para tomar un mal rancho y se encontraban á la intemperie, las de Taylor, que llevaban en abundancia en sus carros, carne, vino, buen pan, y cuanto es necesario para alimentar con regalo al hombre, cenaban perfectamente y descansaban al abrigo de sus tiendas y de sus mismos carros. La luz del dia 9 de Mayo iluminó la espaciosa llanura en que se habia dado la batalla, y donde aun se descubrian algunos cadáveres destrozados la tarde anterior por la artillería. Los dos ejércitos guardaban la misma posicion en que habian quedado. Nada habia sufrido alteracion mas que el plan del general en jefe D. Mariano Arista. En vez de dar la batalla en el sitio del dia anterior, creyó conveniente presentarla en el punto conocido con el nombre de la Resaca de Guerrero. Este sitio le pareció que presentaba ventajas notables que podian compensar el mayor número de cañones con que los norte-americanos contaban y el superior alcance de toda su artillería. A las seis de la mañana la division empezó su movimiento de retirada, abandonando sus posiciones por la derecha, contramarchando á la izquierda para tomar el camino de Matamoros. Empeñó la marcha la primera brigada; siguió la artillería y todo el material de la division, cerrando la retaguardia el batallon de zapadores, el 4.º y el 6.º regimiento de infantería, cuatro cañones, y la caballería, marchando al frente de esta seccion

el general segundo en jefe. Los norte-americanos al notar aquel movimiento, no trataron de impedirlo, y solo destacaron algunas ligeras partidas de caballería en observacion, dejando que se levantase el campo sin disparar un tiro. Al llegar á un sitio llamado el Chiflido, el general en jefe ordenó á D. Pedro Ampudia que hiciese alto con la retaguardia, compuesta de mil hombres y una fuerza de caballería para proteger el movimiento emprendido. El general Ampudia cumplió con aquella orden situando su gente convenientemente, y el resto del ejército siguió su marcha hácia la Resaca de Guerrero, á donde llegó á las diez del dia.

1846. La Resaca de Guerrero que algunos juzgan que es la misma que la Resaca de la Palma, siendo puntos muy distintos, corta completamente el camino en una direccion bastante oblicua, formando una barranca de poca profundidad, y presentaba en sus dos extremos de izquierda y derecha dos grandes pantanos con agua estancada. Situada en un terreno completamente cubierto por un espeso bosque, cuyos unidos árboles y espesa maleza embarazaban el paso, presentaba algunas ventajas para combatir con un contrario provisto de doble número de cañones y de mayor calibre. Los batallones 1.º de infantería, 2.º ligero, el de zapadores y el 6.º de línea, tomaron posiciones en el instante que llegaron, á la derecha del camino, donde cubiertos hasta el pecho por el borde de la barranca, podian hacer una puntería mas certera y con menos peligro: sobre el borde posterior de la expresada barranca, pero á la izquierda, se colocaron el batallon y compañía de Guarda-Costa de Tampico: el

4.º batallon se situó en el bosque, á retaguardia de los cuerpos que cubrian la derecha y como en segunda línea: el regimiento del general Canales, que se componia de los auxiliares de las Villas y dos piezas de artillería, cubrió el flanco izquierdo: una batería de cinco cañones de á ocho se colocó á la entrada del camino de la Resaca, y otra de igual número de piezas en el borde posterior de la derecha de la barranca. La caballería, al mando de Torrejon, se situó á cosa de trescientas varas á retaguardia del camino: dentro del bosque, en un terreno á propósito y á la izquierda del camino, se colocaron las municiones y los trenes; al frente de la línea desplegaron en tiradores las compañías de cazadores de todos los cuerpos, cubriendo las del 4.º y 6.º la parte de la izquierda. La posicion presentaba circunstancias favorables; pero por desgracia no se supo aprovechar el general Arista de las ventajas con que brindaba para escarmentar á los invasores. Viendo el mayor de órdenes de la segunda brigada, D. Vicente Rosas, que los norte-americanos se acercaban, y notando el descuido en las providencias del general en jefe, comunicó al general Ampudia, poco antes de que diese principio la accion, que una vereda de la izquierda se hallaba descubierta, y que el enemigo entraria por ella sin obstáculo ninguno. El general Ampudia ordenó que en el acto se situase en ella una compañía de zapadores y otra del 4.º regimiento, con lo cual quedó cubierto aquel punto. Pero el general en jefe habia descuidado otras medidas de notable importancia, que el general Ampudia, en los momentos críticos del combate, se apresuró á reparar.